

Un fantoche del destino

Eran las dos de la tarde; despreciaba esa hora con todas las fuerzas de su alma. Regresaba a su casa de la escuela con el semblante afligido y cabizbajo, arrastrando sus escasas libras con un caminar octogenario a pesar de que tan sólo tenía diez años. Una estampa que contrastaba dramáticamente con la eufórica expresión que traía al llegar todas las mañanas al salón de clases.

Amaba la escuela con locura y aprovechaba cada momento con la más auténtica devoción. Ésta significaba mucho más que una institución, ésta era, al menos por unas horas, su refugio, su libertad, su salvación. En ella todo era especial; sus superiores lo trataban con respeto, le abrían las ventanas de su mente a un universo de conocimientos, el alegre bullicio de los amigos en recreo era como melodía para su alma, pero más aún, porque le habían enseñado que él también era especial. Había aprendido que detrás de aquel niño reprimido existía alguien que poseía cualidades que hasta entonces desconocía y, sobre todo, porque por primera vez se sintió capaz de amar y ser amado. Sin embargo, hoy como siempre, la ingrata campana había sonado convirtiéndole todas sus ilusiones en calabaza.

Una vez afuera, mientras sus compañeros fantaseaban con ideas de muñequitos y juegos, él sólo se preguntaba cuándo volvería a comer, cuándo volvería a dormir en su cama, y cuándo le permitirían estudiar en vez de forzarlo a trabajar. A diferencia de los demás, en su vida, el único muñeco era él. Un fantoche del

destino, un arlequín de sonrisa pintada que cae como lo tiren. Sí, esa era su realidad, su secreta realidad pues nadie lo sabía porque a nadie se lo contaba.

Al doblar la esquina, la misma maldita sensación de angustia de días anteriores le arrebató la paz. Sabía que de ahí en adelante sólo faltaban cuarenta y dos pasos para llegar, pues ya los había contado muchas veces. Apretaba los puños fuertemente para mantener la calma, pero al enterrarse las uñas sangraba por las palmas de las manos igual que a un cristo torturado. Sentía deseos de llorar, de virar rumbo al horizonte y correr hasta quedarse sin aire, pero esto sólo complicaría todo. Las consecuencias se notarían a flor de piel y tendría que mentirle

nuevamente a su adorada maestra. ¿Qué le diría esta vez? La excusa de las mordidas de perro y las constantes caídas las había repetido muchas veces...

Al entrar en su casa, se encontró a su madre planchando molesta en la sala e inmediatamente comenzaron a temblarles sus ya amoratadas piernitas, pues supo de antemano cuál sería el instrumento de su próxima paliza.

Karina M. Guerra

